

Julio Molina

Un Tirso de crónicas y viajes

I



HA Y a través del alargado ámbito mundano formas del aire que aparecen tersas y averiguadas, animadas extensiones de la vida en que el sol luce con amable persistencia. Pero también se nos presentan de aquellas en que el azar ha dejado correr sus manos afebradas, arrugando hasta lo indecible las materias primas de que se hacen las narraciones.

Deber nuestro es, sin embargo, consolarnos pensando que la Tierra y el Tiempo de que los historiadores se valen para practicar la trabazón de sus eruditos negocios, no podría tener otro estilo que ése, para así dar plena contingencia a su labor.

Singularizar fechas o reconstituir los perdidos itinerarios, he ahí, dicho muy a la ligera, lo que nos introduce a este juego de crónicas y geografías en que Tirso valoriza dos siglos de la cultura española. Mirar con interés y amor a Tirso para en seguida preguntarse cuál de estos dos afanes resultará a la postre más lisonjero y provechoso es algo propio de la naturaleza de estas líneas.

Désde que el romanticismo, como escuela histórico-literaria, determinara en España una preocupación por el genio na-

cional, hasta mediados de un siglo XIX semioculto tras las cambiantes mímicas del racionalismo y de la galantería neoclásicas, muchos han sido los que se han preocupado por averiguar los más exactos detalles de la vida de fray Gabriel Téllez, de la Merced. Ya Martínez de la Rosa y Alberto Lista habían hablado de él como de un poeta de gracejo, pero nada más. Agustín Durán fué el primero en ocuparse de su figura algo desteñida por el tiempo. Eugenio Hartzenbusch publicó en doce volúmenes su Teatro escogido, entre los años de 1839 y 1842, y hace exactamente un siglo que la colección Rivadeneyra dió cabida a algunas comedias suyas (1).

El erudito alemán conde de Schack en su «Historia de la Literatura Dramática Española» le da importante lugar. Mientras tanto ese gran madrileño que fué Ramón de Mesonero Romanos se propuso hacer un bosquejo del hasta ese entonces desconocido cuadro del Teatro español, valiéndose de las indicaciones explícitas de sus mismos autores como Miguel de Cervantes («Viaje al Parnaso» y «Prólogo» de sus propias comedias), Lope de Vega («Laurel de Apolo»), y de contemporáneos como Miguel de Rojas («Viaje Entretenido») y el Canónigo Navarro («Discurso en favor de las Comedias»). Cervantes mismo se encargó de señalar los años culminantes de este gran ciclo de producciones, cuando afirmó el primado literario de Lope diciendo, donosamente, que se había alzado «con el cetro de la monarquía cómica» en los primeros años del siglo XVII (2).

Mesonero Romanos cita setenta y cuatro autores, y entre éstos aparece ya el Maestro Tirso de Molina, cuyo gran mérito hábiale sido revelado por la mención que de él hizo el erudito Dionisio Solís.

(1) Gregorio Marañón. *Don Juan*. Ensayos sobre el origen de su leyenda. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946.

(2) Mesonero Romanos, Don Ramón de: *Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega* (en «Biblioteca de Autores Españoles desde la Formación del Lenguaje hasta Nuestros Días»). T. II, M. Rivadeneyra, Madrid, 1858.

Menéndez y Pelayo nos cuenta en sus «Estudios de Crítica Histórica y Literaria» de cómo se generó la actual preocupación por saber hasta sus últimos detalles la vida de Tirso. En efecto durante el año 1887 se convocó a un certámen de trabajos sobre su personalidad y obras. Los más notables ensayos presentados fueron los de la joven investigadora Blanca de los Ríos y del asturiano Emilio Cotarelo y Mori (3).

Por el estudioso Cotarelo sabemos que fray Gabriel Téllez nació en Madrid, Don Marcelino se remite a su cronología al realizar una sinopsis de la vida y los trabajos literarios del gran fraile comediógrafo, cronista y viajero. Oriundo de la capital de España, como Lope y Calderón, nos lo hace aparecer asimismo Alvarez Baena en sus «Hijos Ilustres de Madrid».

Asunto difícil es el de su filiación y correlación familiares. Menéndez y Pelayo menciona a un sobrino suyo llamado Francisco Lucas de Avila, editor de algunas partes de sus Comedias. La crítica de hoy se resiste a aceptar tan de buenas a primeras la existencia de este hipotético pariente del escritor.

De sus estudios en la Universidad de Alcalá no hay constancia que pudiera hacernos afirmar lo contrario, ni tampoco de los posteriores detalles de su existencia, inclusive el muy decisivo de la fecha de su ingreso en la Orden de Nuestra Señora de la Merced, en la plena juventud de su larga vida.

Pedro Henríquez Ureña, escritor dominicano de los presentes instantes, en un pasaje de su introducción a una reciente edición de «El Burlador de Sevilla» afirma que Tirso fué hijo de Pedro Téllez Girón, primer Duque de Osuna.

En la edición de sus obras dramáticas completas, que en lujosa forma no ha mucho hiciera aparecer en Madrid su ya

(3) Cotarelo y Mori, Emilio: Comedias de Tirso de Molina. T. I. Intrdoucción. Bailley. Madrid, 1906; Tirso de Molina: Obras dramáticas completas. T. I. Introducción por Blanca de los Ríos. M. Aguilar. Madrid' 1946. Menéndez en ob. cit., menciona también el ensayo sobre Tirso, presentado al Concurso aludido, por el profesor de Valladolid Pedro Muñoz Peña.

octogenaria biógrafista, divulgadora e intérprete, Blanca de los Ríos de Lampérez, se afirma tal aserto con parecido énfasis. Puede declararse que su autoridad, abonada por más de sesenta años de dedicación al tema tirsomoliniano, ha permitido a esta investigadora no solamente recibir la condecoración de Alfonso el Sabio en abril del año en curso, sino que marcar los puntos finales en el largo debate bio-bibliográfico sobre el gran mercedario muerto, hace trescientos años a esta parte. Ella ha permitido a los estudiosos rectificar los errores sobre la persona de Tirso mantenidos por centurias en obras monográficas y en «manuales», incluso el relativamente nuevo de Manuel de Montoliú.

II

Los años de pleno desarrollo de la vida de Fray Gabriel corresponden a las monarquías de Felipe III y Felipe IV.

Muerto el más característico de los Austrias—Felipe II—en 1598, los años de gobierno de sus sucesores ya mencionados se prolongarán hasta 1621 y 1665 sucesivamente. Esta época ha sido muy estudiada por los historiadores de la cultura europea. No podía ser de otra manera, pues la definitiva decadencia política, económica y social de España fué, bien se puede afirmar, el punto de arranque de las más formidables revoluciones posteriores ocurridas a lo largo de la edad moderna.

Felipe III, «el flemático, sonrosado y mofletudo Rey, inclinado por temperamento a inocentes distracciones y a la piedad opaca y dulzona» o Felipe IV, que fuera «un Hércules para el placer y un impotente para gobernar», según las pictóricas expresiones de Ludwig Pfandl, dieron a ese siglo un cariz que no podía menos de influir poderosamente en la actividad de los escritores que bajo ellos vivieron. El primero de estos reyes aparece casi un enemigo de las Ciencias y de las Artes, mientras el penúltimo vástago del linaje austríaco fué soberano amigo del

teatro, de las mujeres, de los pintores y de la caza. Como podemos verlo, tuvieron Tirso y sus colegas de afición literaria un abundante campo para la temática más apta que la escena pudiera urgirlas a elaborar en sus dramaturgias.

El padre José de Miniana nos pinta con los términos que solamente un historiógrafo inmediatamente posterior a los hechos que narra puede hacerlo, el singular contraste entre la serie no interrumpida de fracasos en la política y en la guerra y la aparición de tantos ingenios reunidos. En 1609 se dió la orden de expulsión de los moriscos, que tanta repercusión iba a tener en la sociología cultural de la península. Más tarde acontecen la guerra con Francia y las sublevaciones de Cataluña y Portugal. También fué esta una época de final brío hispánico en empresas marítimas. Recordamos con Miniana, a Pedro Fernández de Quirós, que después de haber navegado con el célebre almirante Alvaro de Mendaña, lo hizo con ayuda del Gobierno, y asociado con Luis de Torres. Ellos son digna secuela de Colón y de Magallanes en el descubrimiento de multitud de islas en el Océano Pacífico.

No se puede negar que buenos ejemplos, en eso de recorrer el mundo pudo recibir Tirso de todos ellos, pero también no menos también del Rey andariego por villas y campos de su metrópoli, que fué Felipe III (4).

III

Tarea larga pero infructuosa ha sido la de descubrir el nombre de Gabriel Téllez en los archivos de matrícula de la Universidad Computense. Ello débese, seguramente, al hecho comprobado de que los regulares de Ordenes religiosas se inscribían en masa y no como individuos, al salir a completar sus

(4) Miniana, José de: Continuación de la Historia General de España del Padre Mariana, por... T. II. Imp. y Lib. de Gaspar y Roig. Madrid, 1852.

estudios en el mundo profano. El año de su ordenación claustral debemos admitir que lo fué 1600. Alrededor de 1606 comenzó a escribir comedias lo que nos inclina a pensar que ya había abrazado el hábito.

«Entre los años 1624 y 1627 hay que colocar uno de los hechos más importantes y menos conocidos en la vida de Tirso, su viaje a la isla de Santo Domingo, y quizás a otras partes de América, como Visitador de los conventos de su Orden. El hecho, ya curioso en sí mismo, lo es todavía más por cuanto se enlaza con los orígenes de la obra culminante entre las que Tirso, si no por el mérito de su ejecución (de que apenas puede juzgarse por el estragado texto que poseemos), a lo menos por el de la concepción. A la ida y a la vuelta de su viaje, Téllez estuvo en Sevilla, y se supone que allí descubrió la leyenda del Burlador... La primera noticia del viaje de Téllez fué comunicada en 1839 a Hartzenbuch por el malogrado erudito don Juan Coloma quien la encontró en una obra de fray Pedro de San Cecilio sobre «Patriarcas, Arzobispos y Obispos de la Orden de la Merced», conservada en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla. Dice textualmente el P. San Cecilio: «Conocí al P. Presentado Téllez en Sevilla, cuando vino de la provincia de Santo Domingo, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador, año 1625» (5).

Tanto las fechas proporcionadas por el erudito polígrafo contemporáneo, como los recuerdos del oscuro fraile de la villa de Fuentes, han sido rectificadas por la investigación posterior. Pero no deja de ser notable la afirmación de Menéndez respecto de la gestación americana del «Burlador de Sevilla».

En su estudio introductivo a la edición mencionada ya, Pedro Henríquez Ureña, después de clasificarnos las cinco jor-

(5) Menéndez y Pelayo, Marcelino: ob. cit. Manuel de Montoliú, en su *Literatura Castellana*. Barcelona, 1937, incurre en la cronología de don Marcelino.

nadas de publicación de aquellas comedias que el autor emprendiera en el curso de su vida, las que fueron de los años 1627, 1634, 1635 (dos veces) y 1636, nos muestra apuntada y concienzudamente el origen americano de algunos términos empleados en el «Burlador». Así, Tisbea la pescadora dice en la Jornada primera: «Ya con la sutil caña—que al débil peso dobla—del necio pececillo—que el mar sañado azota,—o ya con la atarraya . . . » Precisamente este último vocablo es todavía hoy usado en las Antillas para nombrar la red de pescar. Y en esta forma se podrían encontrar muchas expresiones americanas en Tirso (6).

En la Jornada tercera de la misma obra, exclama don Juan, dirigiéndose a una villana: «Mañana sobre virillas—de tersa plata estrellada—con claros de oro de Tibar . . . », aludiendo a la Costa de Oro, situada en Africa. No son extrañas las alusiones geográficas en Tirso, a pesar de lo que opinan los estetas en cuanto a que sus escenas no lo son de lugar sino de personas.

Quizás si su entrada en la Orden de Nuestra Señora de la Merced tenga también una relación con éstas sus ensoñaciones de andariego. Alcancemos algunos antecedentes de la fundación de esta Orden por San Pedro Nolasco, cuyo más remoto documento se conserva en un convento mercedario de Lérida. Según se nos cuenta allí, el santo tuvo una visión en la noche del 1.º al 2 de agosto de 1218 en que Santa María de la Misericordia, llamada más tarde Merced de los Cautivos, le pidió organizara una Orden monástica-militar encargada de rescatar el mayor

(6) Tirso de Molina: *El Burlador de Sevilla*. Introducción de Pedro Henríquez Ureña. Losada. Buenos Aires, 1939; Henríquez Ureña, Pedro: *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo* (publicaciones del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires). Biblioteca de dialectología americana. Buenos Aires, 1936. Agréguese a las palabras ya indicadas, otras de procedencia indígena antillana o americana como: bejuco, cacique, caimán, canoa, chocolate, guayaba, iguana, jícara, mana, maíz, nigua, papaya, petaca, tabaco, tambo, tiburón, tomate, yanacona, yuca, etc.

número posible de rehenes y esclavos cristianos que en el Africa gemían en poder de la morisma. El color blanco de su hábito fué acordado para facilitar la entrada de los religiosos entre los moros. En magnífico arquetipo nos es dable admirar, hasta el día de hoy, el retrato de cuerpo entero que del Padre Zumel, famoso mercedario de los tiempos de Tirso, ejecutara el gran pintor Zurbarán.

Las relaciones americanas de la Orden son de larga data. El capellán mayor de Colón lo fué el mercedario fray Juan Infante, y en el segundo viaje, otro de esa Orden, el Padre Juan de Zolórzano vino con él. Muy luego los mercedarios se extendieron desde México hasta Chile, y en tal forma que estadísticas elaboradas con datos correspondientes al siglo XVIII, nos dan en sus años finales, aunque anteriores a la Revolución Francesa, 179 conventos para este Continente, los cuales albergaban cuatro mil religiosos mercedarios, mientras en Europa estas mismas cifras de la Orden alcanzaban sólo a 112 conventos con tres mil frailes regulares.

IV

Es tanto el valor que se asigna a la «Crónica de la Orden de la Merced» escrita por fray Gabriel Téllez, que desde Menéndez y Pelayo hasta el novísimo trabajo recopilatorio y crítico-biográfico de Blanca de los Ríos, no se ha hecho otra cosa que recomendar su estudio como una fuente inmejorable para conocer o develar los diferentes aspectos de la curiosa, variada y larga existencia de nuestro autor. Esta crónica yace hasta hoy inédita y en forma manuscrita en el archivo de la Academia de la Historia de Madrid, desde que las bien cuidadas manos del eruditismo neoclásico allí la depositara.

Bartolomé Gallardo, citado por Cotarelo y Blanca de los Ríos, es de opinión que el viaje por el cronista narrado en largos pasajes, tiene que haberlo emprendido en 1616. El documento

que lo autoriza, y en el que se declara que fray Gabriel tenía a la sazón 33 años, y que se distinguía por ser barbinegro y de abuntada frente, es de enero de ese mismo año. La investigación, que desde 1885 ha encontrado unos sesenta documentos nuevos que dicen relación con Tirso, se ha puesto ya de acuerdo en esta fecha. Menéndez y Pelayo, como muchos otros polígrafos españoles, e incluso como algunos hispanistas europeos el estilo de Schack, Ticknor o Morel-Fatio, tuvieron que operar sus juicios y elaborar sus cuadros de historia literaria sobre las bases de una heurística aún no del todo adelantada. Muchos de sus juicios de valor, sin duda que hoy prevalecen. En cuanto a nosotros se refiere, el asunto de la cronología americana del mercedario es lo que ahora nos interesa examinar.

Tirso a la sazón era «Presentado», es decir un religioso que ya había hecho clases de Teología y Artes (como en esos años se decía de la Filosofía y las Letras (con competencia y general aceptación de sus superiores, y estaba en camino de ser «Maestro». Nominaciones con peculiar acento medioeval, pero muy expresivas de sus buenos estudios complutenses, llevados a término años después de su ingreso a la Orden, y, lo que aún, más admira, de su gran celo místico y teológico, condiciones éstas que eran mucho más apreciables que sus geniales dotes literarias, para sus hermanos de disciplina.

En el prólogo de su edición de las comedias de Tirso, Cotarelo y Mori transcribe algunos pasajes del manuscrito conservado por la Academia de la Historia matritense, como el que copiamos a continuación: «La Real Audiencia (que reside en la isla que llaman la Española y ciudad de Santo Domingo), escribió al Supremo Consejo de las Indias proveyese de Religiosos nuestros, ejemplares y doctos para reformar los monasterios que en aquella Provincia necesitaban de letras y observancia. Lo cierto es que la pobreza suma de aquellas partes descaminaba a los nuestros para que sin licencia de sus Prelados se pasasen los que eran importantes a otras más acomodadas y que quedando

sólo los inútiles padecía la (Religión) algún descrépito. Los extremos siempre desbaratan las leyes y virtudes; el que de la mucha abundancia descamina a no pocos del Perú (como ya insinuamos) y el de la falta de lo preciso para la vida desbarató agora en esta isla lo político y lo religioso no sólo de los nuestros pero aun de las otras Ordenes. Por eso solicitaba a Dios el Sabio para sí la medianía que tiene lugar más seguro entre la penuria y la abundancia.

«Era tan poca la suficiencia de los que vivían en el monasterio nuestra cabeza de la Provincia y frecuentado de la ciudad Metrópoli que no podía fiárseles si no era a cual o cual el ministerio de la Penitencia y la devoción con que se veneraba nuestra Iglesia no sólo en la ciudad y isla pero en todas las comarcas y aquella inmensidad de mares, por la milagrosa imagen de nuestra Redentora, que con título de las Mercedes pocos son tan infelices que no la hayan recibido de su mano, que lastimados de esta falta escribieron la Chancillería y los dos Cabildos de la Catedral y Ayuntamiento al Real Consejo (como he dicho) para que se remediase».

Así relata Tirso su viaje a La Española de 1616. Con él fueron otros cinco padres: fray Juan Gómez, fray Diego de Soria, fray Hernando de Canales, fray Juan López y fray Juan Gutiérrez.

Aludiendo al hecho de ser el continuador de la «Historia de la Merced» comenzada por el Padre Remón, Cronista General de la Orden, Tirso aclara que él integraba al grupo de mercedarios comisionados para América, al decir que con ellos iba el «que escribe esta segunda parte y el que menos hizo y valió menos». En «Deleitar Aprovechando», obra con intención religiosa primera de su larga lista literaria, y que escribió en 1635, fray Gabriel volvió a referirse a la imagen milagrosa de la Merced de La Española y que se festeja cada año en el día de la Natividad.

El poeta no pudo ocultarse en la isla, a pesar de la natura-

leza severa y sacrificada de su misión inspectiva. En efecto, durante los tres años que permaneció allí, participó en un torneo literario con varios romances y canciones (7).

V

¿Cómo no intentar hacer con fray Gabriel Téllez el viaje a la maravillosa ínsula dominicana? A fuer de seguir su itinerario, hemos querido atravesar el mar Oceano con él, para seguir hasta el punto que sea posible la intuición de sus últimos escritos, los de carácter histórico. Pero también a mucho abundamiento, el arte poético dramático nos habrá de salir al encuentro cuando menos nos lo esperemos. Pues, ¿no hay evidente capacidad de expresar caracteres e incluso don de la composición de lugar, en las breves líneas antes transcritas? Ya hemos dicho que el «Burlador» pudiera haberse gestado, no en 1625 como lo pretendieron muchos, sino durante su permanencia misional en Santo Domingo, y así pudiéramos hacerlo de muchos conocimientos manifestados por él de la vida popular—que es la más se da en las distintas latitudes como es fácil comprenderlo—, de sus querellas teológicas sobre el asunto de la predestinación, de su lema de «mejor me acomodo con el temerario que con el pusilámine» y de muchos otros rasgos desparramados en cientos de comedias originales suyas. ¿Dónde ir a buscar ese genio para la fabulación

(7) Menéndez y Pelayo, Marcelino; Historia de la Poesía Hispano-Americana. T. I. Suárez, Madrid, 1911. Además de muchos datos sobre el desarrollo cultural de la isla, el gran polígrafo proporciona algunos sobre la permanencia de Tirso en ella, y rectifica sus afirmaciones sobre su fecha de llegada, dados en Estudios... al decir: «Estaba en la Española en 8 de septiembre de 1615, pues en Deleitar Aprovechando (Madrid, 1635, fols. 183 y 187 vto) da razón de una justa literaria que en aquella fecha se celebró en la honra de la venerada imagen de la Merced...». En ese libro copia lo que presentó: dos canciones, tres glosas, dos romances «a la rústica» y una canción real en cinco estancias de a quince versos, que se llevó el premio por todos los votos.

de intrigas teatrales, su don cómico, su predilección por los asuntos de la historia nacional, su falta de preocupación por la pasión medioeval de la «honra», tan marcada en autores anteriores a su aparecimiento?

Tirso no fué un hombre encadenado a los viejos problemas de la comunidad histórica europea. Él vió más allá de los mares, y de las cuarenta batallas libradas por los tercios españoles, aplastados por el capricho sensual e irresponsable de un Felipe IV. Fray Gabriel Téllez fué un hombre de la «propaganda fide», un cruzado del Mundo Nuevo.

Por eso dejó sus circunscritos merodeos frailunos por tierras de Compostela, sus andanzas de poeta cómico por Madrid y sus secos aledaños para ir en demanda de la jugosa y verdegueante isla del Caribe, a la que el «Coronista» Mayor de Su Majestad de las Indias, Antonio de Herrera, llamara Indias del Norte, quien tantas noticias nos brinda de ese histórico escenario. «El Audiencia de la Isla Española, que en tiempo y lugar es la primera, por estar más cerca de Castilla, tiene de Distrito Leste Oeste, 550 leguas; y Norte Sur, más de 300, en que se incluyen en las Islas, y Gobernaciones de la Española, Cuba, San Juan, y Jamaica, y la Margarita, y Pesquería de las Perlas, la Provincia y Gobernación de Venezuela y por cercanía las Provincias de Nueva Andalucía, Guaina, y la Florida, con todas las Islas de la Mar del Norte, que pasan de ciento las nombradas, y de seiscientas, entre grandes y pequeñas; y las que se arriman a la Costa de Tierra-Firme, llaman los marineros de Sotavento y las otras de Barlovento. El temple de todas es comunmente húmedo y caliente en exceso; y aunque son fértiles en Pastos y Arboledas, no lo son de las Semillas de Castilla; ni de Trigo, Cebada, Viñas ni Olivas; pero sí mucho Ganado maior y menor, de Vacas, Ieguas, Puercos, y Ovejas: y por tanto su prin-

cipal granjería es cuero, y Acucar, que si mucho; y aunque en las más de ellas ai Oro, no se beneficia» (8).

Con estas palabras recibió el mundo ultramarino nuestro Tirso español. Lo demás es fácil de suponer, si nos asomamos al paisaje natural-cultural de esa isla tan azotada por la violencias de la Historia. Mares, que son enormes masas de agua cálida, vientos alisios, y todo ello con un fondo lejano de indios arawakos y caribes emergiendo por última vez de la prehistoria del Continente. Intensos cultivos de maíz, patata, maní, frijoles, tabaco, caoba, ébano, y todo lo demás dicho por Herrera, acomodándose en las dos vertientes de la sierra de Cibao, que recorre la isla desde el oriente hasta al poniente.

Tirso, animado desde lejos por el infatigable dominico Bartolomé de Las Casas, debió haber visto la terrible destrucción de la raza aborígen, las depredaciones que en contra de ellos llevaban—sólo en ello muy acordes—colonos y bucaneros (9).

Vió el misionero—y lo dijo en su Historia—cómo los españoles iban huyendo de la isla, en busca de las tierras más ricas que, desde la lejanía, los incitaban a un más amplio destino. Entre estas tierra no solamente estuvo el Perú, sino también Chile, de cuyo paisaje el mercedario chileno Simón de Lara le

(8) Herrera, Antonio de: Descripción de las Islas y Tierra-Firme de el Mar Océano. T. I. Madrid, 1730. En esta Crónica, escrita con anterioridad a la fecha de la edición que se cita pueda consultarse una carta geográfica de las Antillas al estilo de las que debe haber conocido Tirso en su época. Para mayor información conviene ver la excelente Geografía de América, por Oscar Schmieder, Trad. del alemán de Pedro R. Henríquez Pérez. Fondo de Cultura Económica. México, 1946.

(9) Nouel, Canónigo Liedo. Carlos: Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Doimingo. T. I. Oficina Poligráfica Italiana. Roma 1913; Boletín de la Orden de la Merced. Año XX, N.º 10-12. Oct-Dic., 1932. Roma, 1938. Conventos de la Orden de la Merced. Pág. 363 (Provincia de Santo Domingo): Alude a las cuatro provincias americanas de la Orden, y al hecho de permanecer unidos sus conventos a Castilla. En 1604 el Rmo. P. Monroy erigió la Provincia de Santo Domingo, a pesar de que la escasez de personal hubo de suplirse con el envío de españoles.

diera tan excelentes noticias que él escribió capítulos especiales de su Crónica (10).

La Haití de los aborígenes, la Española de Colón, la Hispaniola de Pedro Mártir de Anglería, estaba en plena decadencia colonial en el tiempo que Tirso la visitara con sus cinco hermanos de doctrina. «Atenas del Caribe», así nominada por el gusto español renacentista del seiscientos, era una Atenas en parte conventual, en parte militar, según palabras de Henríquez Ureña. Este país fué el primero que tuvo sede episcopal, Real Audiencia, derechos universitarios y que poseyó hombres de letras. Los conventos eran muy importantes, incluso el de la Merced. No hay que olvidar que esta Orden mandó su primer representante en Santo Domingo en 1514, en fray Bartolomé de Olmedo. Cuando vivía allí se hizo fraile Bartolomé de Las Casas.

Tirso se convirtió en maestro de filología indiana. En «La Villana de Vallecas», estrenada en 1620, usó magistralmente de las palabras del vocabulario mestizo. Así en el Acto I, escena IV, dice: «... y si en postres asegundas—en conserva hay piña india, —y en tres o cuatro pipotes— mameyes, cipizapotes», mientras en el Acto II, escena IX, se pregunta: «¿Cómo se coge el cacao?—Guarapo ¿qué es entre esclavos?—¿Qué frutos dan los guayabos?—¿Qué es cazabe, y que jaojao?

Fray Luis Jerónimo de Alcacer escribió en su Crónica d 1650, sobre muchos asuntos de los que Tirso fué real ya que no teatral intérprete (11).

(10) Ríos, Fr. Miguel L.: Mercedarios Chilenos en la Universidad y en las Letras. Imp. «Rapid». Santiago, 1936; Medina, José Toribio: Diccionario Biográfico Colonial de Chile. Santiago.

(11) Rodríguez Demorizi, E.: Relaciones Históricas de San Domingo. V. I. Montalvo, Trujillo. 1942. Colección y notas de... Incluye biografía del autor y pasajes del texto de la Relación Sumaria de la Española, por Luis Jerónimo de Alcacer. Id. id. del Teatro Eclesiástico de la Iglesia Metropolitana de Santo Domingo y Vidas de sus Obispos y Arzobispos, por el Cronista de Castilla y de Indias Gil González Dávila.

Todavía subsiste la Iglesia de piedra, de estilo romano, que se levantara en su época. La frialdad herreriana que presidió la transición española del estilo renacentista al barroco recargado, también llegó a las costas de Santo Domingo, pero ambientada por Rodrigo de Liendo, el constructor de los templos de San Francisco y de La Merced en la capital isleña (12).

Tirso de Molina nos cuenta los inolvidables acaecimientos ocurridos tras el terremoto que durante su permanencia conmovera la fractura de geología de la isla haitiana. También nos da testimonios sobre la acción de sus compañeros mercedarios: «desde que pusieron los pies en el convento dicho, de tal suerte restauraron pérdidas y enmendaron descuidos, que predicando, leyendo, amonestando, infatigablemente, se transformó por ellos no sólo aquella casa, pero las demás de su obediencia en comunidad de ejemplarísimos varones, en escuela de Religiosos sabios, en comercio de espirituales intereses y en un retrato del Paraíso. Asentaron estudios que hoy día lucen con lucimiento extraño de sus naturales, sin necesitar de Lectores extranjeros, porque aquel clima influye ingenios capacísimos puesto que perezosos. Y en fin los que antes los habían lástima, después la convirtieron en envidia, de manera que no fueron las persecuciones pocas (siendo yo testigo) que se padecieron por algunos de la más aplaudida religión, que no quisieran fueron nuestras mejoras tantas. Especialmente se introdujo en aquella ciudad e isla devoción de la limpieza preservada de la concepción Purísima de nuestra Madre y Reina, cosa casi incógnita en los habitantes de aquel pedazo de mundo descubierto» (13).

Mucho era el justo orgullo mostrado por Tirso, transfor-

(12) Palm, Erwin Walter: El Estilo Imperial de Felipe II y las Edificaciones del Siglo XVII en La Española. Montalvo. Ciudad Trujillo. 1943.

(13) Textos de fray Gabriel Téllez, Cronista General de la Orden de la Merced, verlos en obras citadas de Menéndez y Pelayo, Cotarelo y Mori y Blanca de los Ríos, y en otras referencias al escrito autógrafo que se conserva en la Academia de la Historia de Madrid.

mado ante nosotros en celoso y cumplido fraile, ante la eficaz acción desplegada por él y sus compañeros. Fray Alonso Ramón, en el libro XII de su «Historia de la Merced», publicado en 1539, no solamente aludió a la importancia de la acción mercedaria en la ínsula, sino que atribuyó a uno de su Orden el título de prioridad en el establecimiento de acción sacerdotal en esa jurisdicción. No olvidemos que Tirso fué el continuador de esta «Historia» desde que, en 1632, fuera designado Cronista General, por muerte de su célebre predecesor. El nombramiento fué cursado en atención a su grande celo religioso y a su título de Maestro en Teología, por Breve de Urbano VIII.

VI

Vuelto a España, Tirso pasó por Sevilla camino de Madrid. Años más tarde aquí prosiguió trabajos dramáticos, asistiendo al estreno de muchas de sus grandes comedias.

Un hecho ubicado geográficamente en España, pero que tiene que ver con el Perú, fué el de su paso por la villa de Trujillo, en la provincia de Cáceres, de cuyo convento ocupó el puesto de Superior. Este convento había sido fundado por doña Francisca Pizarro, Marquesa de las Charcas, el año de 1594. Es notable que esta descendiente del conquistador del Imperio de los Incas y viuda de Hernando Pizarro, conservara su lealtad y simpatía hacia la Orden predilecta de su padre. Por otra parte, Diego de Almagro tuvo tanta devoción por los mercedarios que pidió, antes de ser sometido a la pena capital, ser enterrado en su Iglesia. Reminiscentes de esta curiosa relación colonial de Tirso fueron sus comedias «Amazonas de las Indias» y «La Lealtad contra la Envidia» (14).

Pasaremos por alto otras de sus grandes triunfos de la escena, por no tener que ver con nuestra imagen viajera, misional

(14) Boletín de la Orden de la Merced. Año XX. N.º 4-6. Abr.-Jun. Roma, 1932.

y cronística de fray Gabriel. Dice Cotarelo: «Encerrado, pues, en su convento de Madrid, empezó en 1637 a componer su «Historia General de la Merced», a que varias veces nos hemos referido. Obedecía, además, los mandatos de los superiores de su Orden, como el mismo lo dice en la introducción: «Mandóme todo un Capítulo General que prosiguiese con la tercera parte de esta historia, las dos primera y segunda, que el Padre Maestro Fray Alonso Remón, coronista general dejó impresas... Obedecí al punto, con particular deleite, mío, sin perdonar casi un día, en todo un año, que divirtiesen otros desvelos los de este asunto... y fué U. S. servido que la pusiese fin, comenzando sus sucesos donde los dejó mi antecesor, que fueron en el año 1570, hasta el presente 1638».

Terminó la primera parte el 5 de febrero de 1639, y dos meses después empezó la segunda, la que, a su vez, remató el día de Nochebuena de ese año. Los dos volúmenes de su «Historia» dieron 407 y 460 hojas, manuscritas en el texto autógrafo. Al final de la parte segunda dice: «En este monasterio de Madrid a 4 de diciembre año 1639, por el N.º fr. Gabriel Téllez, Coronista General de la Orden». Y más abajo su firma.

Manifiesta Cotarelo y Mori que la obra está escrita en estilo rápido y elegante, quizás más de lo que conviene a la seriedad y aplomo de una crónica; no precisa bastante los hechos; omite muchos de importancia y caso tenga otros defectos de composición, que un detenido estudio comparativo con otra de igual clase y el conocimiento profundo de la materia puedan arrojar; pero no creemos merezca la desdeñosa censura que le aplica el P. Colombo...».

Algo curioso, tanto o más que la no aparición de su ofrenda poética en el homenaje póstumo colectivo que se publicara a raíz de la muerte de Lope de Vega, ocurrida en 1635, lo constituye el hecho de que, a pesar de estar vecindado en Madrid, no participara en la Academia burlesca celebrada por los poetas de Madrid en el Buen Retiro, en 1637, durante los nueve días que

se van del 15 al 24 de febrero. Muchos son los que a esa justa acudieron, pero no el mercedario fray Gabriel. ¿Qué sucesos o quiénes en especial habíanle dictado el aparecer tan recoleto cuanto que antes se le había visto en Academias? Pudiera ser que su condición de Cronista, o quizá si lo avanzado de sus cincuenta duros años de vida. Allí, tenemos su pertenencia, alrededor de 1620 a la Academia poética que en Madrid se reunía en casa del doctor Sebastián Francisco Medrano, clérigo y literato, la que logró subsistir incluso a la clausura de los «corrales» (teatros) que determinara la muerte del Rey. Sin embargo, tras las fiestas con que se celebró al patrono de la Orden—San Pedro Nolasco—el cronista Remón no lo incluyó en su relación de los diversos artistas y literatos concurrentes a los festejos. Cotarelo, en sus «Investigaciones bio-bibliográficas» conjetura que nuestro fraile andaría presumiblemente en Salamanca (15).

De lo que no cabe dudas es de que en 1638 estaba en Madrid y que, después de terminar la «Historia», pareciera haber querido aprovechar el impulso erudito, escribiendo su «Genealogía de la Casa de Sástago», datada en 1640.

El hecho documentado es que muy pronto los historiadores comenzaron a elogiarle su «Historia», siguiendo a fray Manuel Mariano Ribera, en su «Milicia Mercedaria», para así alcanzar hasta los historiadores mercedarios de la pasada centuria como efectivamente puede verse en la «Historia General» (París, 1866) y en la de fray Antonio Gari y Siumell (Barcelona, 1875).

(15) Morel-Fatio, Alfred: *L'Espagne au XVI^e et au XVII^e siècle*, Documents Historiques et Littéraires Publiés et Annotés par... Lib. Henninger Frères. Heilbronn, 1878; Medrano, Francisco: *Favores de las Musas*. Milán, 1 23. Prólogo. Cit. por Ludwig Pfandl en su *Introducción al Estudio del Siglo de Oro*, Trad. del alemán de Félix García. Araluce, Barcelona, 1929. Pág. 184. Esta obra es un ya clásico estudio sobre las culturas y las costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII, cuyo muy ameno texto viene enriquecido por numerosas notas, copias de documentos, bibliografías e ilustraciones de la época que trata; Cotarelo y Mori, Emilio: *Tirso de Molina. Investigaciones bibliográficas*. Rubiños. Madrid, 1893.

¿Estuvo fray Gabriel en forma plena cuando escribió su aún poco conocida «Historia de la Orden de la Merced»? Nosotros creemos que sí, a pesar de los reparos un tanto eruditescos de Emilio Cotarelo, el sagaz y honrado investigador asturiano que tanto ha hecho avanzar la historia literaria y lingüística de los Siglos de Oro. Partidarios como somos del rigor documental y del lenguaje objetivo en la construcción historiográfica, también sabemos cuán desesperante sería el cuadro de la crítica histórica si ella hubiera de ejercerse sólo sobre esos terribles amontonamientos de «material bibliográfico», que para no pocos constituyen el único objeto de la ciencia histórica. Algunos documentos vivos sirven como las más preciadas piezas de la diplomática para sostener las construcciones de la nueva Historia de la Cultura. Y las crónicas y biografías escritas por literatos, por serlo quizás si no tanto que por humanas, están en el número de estos materiales de imponderable valor para el criterio de la posteridad.

Según nos dice Menéndez y Pelayo, los españoles no pudieron comprender más forma de historia que aquella, psicología, oratoria y política unas veces, y otras pintoresca y dramática, pero en todos casos artística, que los clásicos narradores antiguos habían ya consagrado (16)

VII

Soria, capital de su Provincia, ciudad edificada un poco más al sur de las ruinas de Numancia, está llena de recuerdos castellanos. En 1370, el Rey Enrique II la dió al caballero francés Bertrán Duguesclín en pago de los servicios que le prestara en su

(16) Menéndez y Pelayo, Marcelino; Historia de las Ideas Estéticas en España. T. III. Hijos de Tello. Madrid, 1920. Sobre el criterio y el método para la obra de escribir la Historia, en nuestro país hay abundante bibliografía expositiva y polémica. Recordemos tan sólo la célebre discusión entre Bello y Lastarria sobre este agudo asunto.

lucha contra los moros. Pero muy poco después el gran guerrero se la vendió al Rey castellano. Así sucedían las cosas en la Edad Media. Más tarde, Soria enderezó su camino de villa de segunda categoría, fervorosamente sufragánea del Arzobispo de Burgos y buena centralizadora de piadosos menesteres y agrarias distracciones. Sus contornos están decorados por numerosas pinares y los campos se dilatan en extensos pastizales, aptos para una gadería de clima sano, seco y bastante frío. Soria fué la patria que vió nacer a San Saturio, uno de los tantos hermosos ejemplos de hagiografía. Por eso los sorianos cantan, recordándole, junto con las Señoras del Mirón y de la Sol dad, la siguiente coplilla: «Viva Soria, porque tiene—San Saturio al lao del Duero,—el Mirón en una cuesta,—la Soledá en el paseo»

Allí, precisamente a ese clima frío, pidió Tirso que lo trasladaran en 1645, viendo que estaba contando sus días finales. Nada menos se quiso el convento mercedario de la ciudad para proclamarlo su Comendador, Prior o Superior, como hoy dicen. El observador de la vida y viajero, nacido en Madrid, educado en Alcalá, militante de los monasterios de Galicia, visitador platónico de esos lugares de placer laxo y moruno que fueron los «cigarrales» de Toledo, el pasajero de Sevilla, el comisionado eclesiástico de Santo Domingo, el Superior del convento de Trujillo, el Definidor de su Orden en Castilla, y su Cronista General, en fin, cuando el cominillo de las andanzas lo hizo retornar a su Madrid de la venida al mundo, ya sabía que era hora del retiro, para así consagrar mejor los duros y largos años de una vida fecunda e irreprochable—muy a pesar de lo que hubiera querido descubrirles de malicioso un Alvarez Baena—y debió pensar en la clausura de más sigilo. ¡Bien es cierto que ya había dejado de escribir comedias! Pero quedaba su obra monástica de tremendo ortodoxo y disciplinante (17).

(17) Para un estudio de la geografía de las ciudades españolas y de sus características tenemos las obras de Dantín, Echeverría, Izquierdo y los modernos historiadores de su cultura. Madrid se nos aparece en esa épocas

Blanca de los Ríos nos lo muestra: «Allí está el fraile todo entero; allí sus ordenanzas por las cuales se rigieron en el claustro sus estudios; allí las actas de los capítulos que le confirieron sus grados teológicos, y sus cargos monásticos; allí noticia auténtica de sus viajes; allí preciosas revelaciones acerca de sus condiscípulos y hermanos en religión y de cierto maestro suyo en Teología que pudiera indicarnos algo acerca de la tesis de «El Condenado...»; allí el relato de su ruidosísimo capítulo de la Orden que tuvo conatos de cisma; allí descripciones curiosísimas de los conventos en que vivió Téllez y zurbaranes con retratos de mercenarios maestros y amigos del poeta». Ella nos está recordando de nuevo al Cronista (18).

Hasta su figura misma, de blanco hábito, parece esfumársenos. Según Antonio Gil y Zárate, que no lo quería mucho, su retrato existente en Madrid se ha perdido definitivamente, tras la invasión napoleónica. Pero he allí que esa pérdida fué recompensada por el hallazgo de su cuadro de Soria, encontrado en 1874 por Vicente Poleró y Toledo. Y así van apareciendo los documentos que han nutrido la incansable reconstitución de su biografía.

como la ciudad por excelencia del Teatro, desde que Felipe II la convirtió en capital, en 1560. Fué rápida en su crecimiento, ya que no en sus tradiciones, que eran muy de reciente data, lugar preferido de los cortesanos, postulantes a funcionarios y aventureros de toda índole. Toledo, en cambio siguió siendo la ciudad de la vieja tradición el antemural de la Patria y sede de la Iglesia primada de España. Conservó hasta mucho después de la época de Tirso su carácter medioeval reposado, grave y laborioso. Gozó fama de ser sus habitantes los que con más casticidad conservaron la lengua de Castilla. Esto a pesar de los numerosos resabios de la ocupación árabe. Sevilla fué por esos tiempos villa y puerto de privilegiado comercio con las Indias. La limpia y hermosa ciudad del Guadalquivir no solamente vió nacer grandes artistas, sino que debió compartir esta fama con la que le dieran sus numerosos comerciantes, aventureros y gentes de placer.

(18) De los Ríos, Blanca: Tirso de Molina (En El Siglo de Oro). Madrid, 1906. Conferencia leída en el Ateneo de Madrid.

Mientras tanto, una sorpresa más nos asalta. Soria no fué el lugar donde hubiéramos de dar por terminada nuestra cariñosa peregrinación en pos de su ruta. Manuel Pinedo, en un reciente trabajo, aparecido en 1945, nos participa su «Muerte documentada del Padre Maestro Fray Gabriel Téllez». Por él sabemos que, en verdad, Tirso de Molina murió en Almazán, aldea situada en nuestra conocida Provincia de Soria (Castilla la Vieja), unas pocas leguas más al sur de la ciudad capital de aquélla. Se ha logrado averiguar que el grande viajero y expectador de la vida pidió ser trasladado allí unos seis meses antes de su muerte, ocurrida en el viejo convento entre los días 21 y 22 de febrero de 1648, y no en marzo como antes se había venido sosteniendo. Consta en el «Libro de Misas», es decir de aplicaciones a deudos de ese convento, que registra tales actos sacramentales entre los años 1643 y 1663, una lista de la que nos interesa destacar lo siguiente (19):

Missas Dchas De febrero de 1648.

Requiescat in pace. Lunes 24. Se hizo el off^o
por el P. c. M^o Téllez que murió en Almazán.

Según los cálculos cronológicos que hemos seguido, la muerte se produjo entre los 63 y 64 años de su edad.

Y con ello estas consideraciones sobre el terreno y la duración de su geografía y de su crónica vivientes también extreman su objeto.

(19) Pinedo, Manuel: Muerte Documentada del Padre Maestro Fray Gabriel Téllez. Revista «Estudios. Año I. N.º 1. En-Abr. 1945. Madrid 1945.